

**“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados.”** (Mateo 11, 25-30)

El texto que hoy reflexionamos parece dar en la diana respecto dos conceptos que definen la situación de muchas personas: el cansancio y el agobio. Podríamos decir que vivimos en un contexto marcado por la inseguridad y la inquietud que de ello se desprende.

Cinco millones de desocupados, salarios que van restando capacidad adquisitiva a las familias, deterioro de las condiciones micro y macroeconómicas en todos los niveles de gestión, proyecciones financieras que desalientan la inversión...

Al desajuste de las economías familias le sigue el desaliento, la falta de perspectivas, cuando no la paralización y cuadros de angustia.

Sí, estamos cansados y agobiados... En estas circunstancias nos encontramos con la Palabra del Señor: *“Venid a mí...yo os aliviaré”*. Una bocanada de aire fresco parece inundar nuestro espíritu, pero los problemas no parecen por ello resolverse. Sin embargo, en la aparente fragilidad de la respuesta está la raíz de la solución.

Se trata de no sentirnos solos, de contar con certezas interiores que refuercen la llama más profunda de la esperanza humana. Una esperanza que hemos maltratado demasiado, refiriéndola a bienes pasajeros. Los cansancios y agobios de los que nos libera el Señor poco tienen que ver con nuestras escaramuzas financieras... Van a al corazón, tocan la razón de ser, de esperar, amar y alentar la ilusión de una plenitud que se sobrepone a cualquier limitación.

¿No es acaso ese el fruto más preciado de la Hospitalidad? Al acoger a la persona sometida por la enfermedad, no necesariamente llegamos a resolver sus problemas, pero le abrazamos en sus limitaciones y le decimos que estamos con ellos, que pueden y deben luchar, que pueden y deben esperar, que pueden y deben apostar por la VIDA.

El evangelio nos invita a sentirnos acogidos y también a acoger. En este doble movimiento de sentirnos anclados en el amor de Dios y salir de nuestro caparazón para acoger al otro, encontramos la fuente de la Hospitalidad. Solamente quien “alivia” sus cansancios y agobios en el encuentro con el Señor, es capaz de salir al encuentro del hermano necesitado. La experiencia del amor de Dios necesariamente se proyecta en el amor al hermano. ¿No estaremos, por tanto, viviendo un tiempo de gracia muy especial para revalorizar la fuente más preciada y auténtica del carisma?



Danilo Luis Farneda Calgaro

**pastoral** Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL